sentarán cuáles son los fines de la Educación a partir de los distintos tratados internacionales, los fines y retos educativos de la legislación española de los últimos cincuenta años, concluyendo con una reflexión acerca de cuáles deberían ser los fines de la Educación desde una enseñanza ética.

Se trata, pues, de una obra que nos ofrece un amplio caleidoscopio sobre el mundo de la Educación, con interesantes pistas para la reflexión sobre un ámbito tan marcado por los vaivenes ideológicos, así como para futuras líneas de investigación histórica, en las que se recuperen aportaciones tan significativas como las de los diferentes educadores y pedagogos cristianos, dentro del renovado marco de la historia de las religiones en nuestro país. El siglo XIX fue de una riqueza excepcional en este sentido, en medio de la profunda crisis y atraso de la Educación en España, con el surgimiento de congregaciones, sobre todo femeninas, dedicadas a educar, y que en el siglo XX vería dos personalidades de la categoría de Pedro Poveda y de Andrés Manjón, que aportaron innovaciones pedagógicas de primera categoría. La lectura de este libro, para un historiador, abre horizontes, y, para un educador, invita a la apasionante tarea de continuar educando, labor que, a pesar de las dificultades, sigue valiendo la pena.

Miguel Ángel Dionisio Vivas

Gaspar Hernández Peludo, *La existencia del presbítero. Paradoja y misterio,* Editorial Sígueme, Salamanca 2025, 237 p.

La vida de los pastores de la Iglesia nunca ha sido fácil, pero en la actualidad observamos que se ha vuelto todavía más ardua y compleja. La falta de ministros ordenados hace que los que están en el ejercicio del ministerio se sientan desbordados, abrumados por las cargas que su quehacer conlleva, exacerbadas por la multitud de objeciones que reciben, la escasa acogida que encuentran, los continuos escollos sociales y económicos que brotan por doquier, también desde la vertiente cultural, a menudo reacia al Evangelio, incluso a veces decididamente contraria al mismo o herméticamente cerrada a su influjo. No es nada nuevo, san Pablo pasó también por espinosas angosturas que lo pusieron a prueba y en las que encontró un respiro merced a su infatigable trato con el Salvador (*cf.* 1 Cor 4,11; 2 Cor 11,26-28; Flp 4,12; 1 Tes 2,9; 2 Tes 3,8). Ahora bien, no todo son cruces, apuros o zozobras en la existencia presbiteral. La victoria de Cristo sobre la muerte y la potencia de su amor pone un límite a los padecimientos de los sacerdotes, de modo que su fragilidad no es obstáculo, sino causa de alegría y gloria para el apóstol (*cf.* 2 Cor 4, 8-9. 6,8-10). Existen, por consiguiente, a Dios gracias, sólidos motivos para la esperanza. De todas formas, lamentablemente, no todos logran comprender este misterio y no son pocos los que, de una u otra manera, piensan que el sacerdocio católico es una *profesión* sin porvenir. Se ha vuelto caduca, perteneciendo más bien al pasado.

En este contexto, hay que agradecer a la prestigiosa editorial *Sígueme* que haya enriquecido su nutrido catálogo con esta hermosa monografía, que rema en sentido contrario a los que no ven futuro para el sacerdocio ministerial o enjuician a los ministros del Evangelio con categorías sesgadas o inapropiadas. Su lectura se vuelve, por tanto, muy provechosa en la hodierna coyuntura, que en no raras ocasiones ve circundados a los presbíteros de quejas y reproches, por desgracia, a ve-

ces incluso provenientes de quien debería dedicarse a mitigarlas con un suplemento de acompañamiento, gratitud y reconocimiento, que los pastores tanto necesitan y no siempre alcanzan. En este sentido, este libro se transforma en una brisa de aire fresco, en un bálsamo lenitivo y en un pujante aliciente para cuantos ejercen el sacerdocio ministerial.

El autor de estas benéficas páginas es Gaspar Hernández Peludo, sacerdote de la diócesis de Ávila, que desde 2009 enseña Patrología y Teología de los Sacramentos en la Universidad Pontificia de Salamanca y desde 2012 es rector del Teologado de Ávila en Salamanca. Su faceta como prolífico conferenciante se ve completada con su labor investigadora, que ha germinado en numerosos artículos y colaboraciones sobre teología y espiritualidad publicados en revistas especializadas.

En la obra que ocupa nuestro interés, el profesor Hernández ha recopilado ponencias y charlas impartidas en diferentes diócesis españolas con motivo de los cursos de formación permanente que normalmente las mismas brindan a sus sacerdotes sobre los retos y dificultades que hoy presenta el ejercicio del ministerio ordenado. De este modo, don Gaspar ha compuesto un copioso vivero de ideas que explican con hondura la identidad y misión del presbítero. Utiliza para ello una óptica espiritual y existencial desde las claves de la paradoja y el misterio. En efecto, el presbiterado, en cuanto sacramento, entraña un equilibrio dinámico entre dos polos: vida y ministerio; consagración a Dios y solicitud por los demás; libertad y obediencia; celibato y amor de verdad a todos; cuidado de las cosas de Dios sin olvidar sus ocupaciones exteriores. A lo largo de sus reflexiones, por tanto, Hernández muestra las grandes líneas que en nuestros días reviste la condición paradójica del ministerio presbiteral. Está convencido el autor, y así lo repite en el volumen, que para el sacerdote cada contrariedad que le surge, leída a la luz de la fe, puede trocarse en un momento de crecimiento interior, en un acicate para descubrir una fecunda novedad, en una circunstancia providencial para que el ministerio presbiteral realice las debidas adaptaciones por fidelidad a los destinatarios del mismo, sin por ello traicionar su genuina identidad ni renunciar a sus verdaderos contenidos.

El libro, tras una enjundiosa introducción (pp. 9-24), se vertebra en tres grandes secciones. La primera, titulada *contexto actual*, se divide en tres capítulos que abordan sendos flancos relevantes de la hodierna coyuntura. En el primero, don Gaspar describe que el presbítero está llamado a ser un *hombre de Dios* en un mundo secularizado (pp. 27-36). Después, advirtiendo la crisis de relevancia pública de la Iglesia en nuestros días, el profesor Hernández explica cómo puede ser el sacerdote un *hombre eclesial* en una Iglesia cuestionada (pp. 37-46). En un tercer capítulo, teniendo en cuenta la revolución antropológica a la que asistimos en la hora presente, el autor señala que el presbítero está invitado a vivir su vocación como una forma plena de *realización de lo humano*, a la vez que a desempeñar su cometido con aquella humanidad que se percibe plenamente en Jesucristo (pp. 47-54).

En una segunda parte estructurada en seis capítulos, bajo el título "La existencia presbiteral hoy", Hernández Peludo se detiene en la identidad, ministerio y vida del presbítero, y lo hace inspirándose en el decreto conciliar *Presbyterorum ordinis*. Así, en el capítulo cuarto, "Sacramento de Cristo Pastor. La identi-

dad sacramental del presbítero", ante la crisis de identidad social que el sacerdote padece, el autor alberga la convicción de que el ministro de la Iglesia está llamado a ahondar en su identidad sacramental (pp. 57-68). En el capítulo quinto, "Un sacerdocio apostólico. El modo de ejercicio del ministerio presbiteral", el volumen muestra cómo el sacerdote aúna apostolado y culto, evangelización y santificación (pp. 69-79). En el capítulo sexto, que lleva por título "Nunca un presbítero solo. El ministerio presbiteral en una red de relaciones", se indica cómo la identidad del sacerdote no es únicamente sacramental, sino también relacional. Un presbítero aislado se desvirtúa y transforma en un antisigno, ya que por naturaleza se halla en relación con otros: con el obispo, con los demás sacerdotes y con el resto del pueblo de Dios (pp. 81-99). El capítulo séptimo, titulado "Con vosotros cristiano, para vosotros presbítero", se ha dedicado a presentar la relación del sacerdote con el resto de la grey de Cristo (pp. 101-121). En un nuevo capítulo, "En el mundo sin ser del mundo", el autor se ocupa de la dimensión misionera del presbítero (pp. 123-135). El capítulo noveno, que corona esta segunda gran sección de la publicación, don Gaspar Hernández acentúa la importancia de que el sacerdote alcance la unidad en su vida colocando en el centro de la misma la caridad pastoral, el amor del Buen Pastor robustecido cotidianamente por la relación personal con Él. El presbítero puede así conjugar dimensión privada y pública, oración personal y acción apostólica. Sin centro, la vida sacerdotal se desnorta y pierde, o lo que es lo mismo: ser y vida se separan (pp. 137-149).

El tercer gran bloque de esta obra individúa una tríada de "perspectivas integradoras" que ayudan a los sacerdotes a vivir la condición paradójica de su ministerio sin anularla. La primera, descrita en el capítulo décimo, es la *perspectiva teológica*, que en las últimas décadas ha recalcado la dimensión pneumatológica del ministerio ordenado (pp. 153-161). En el capítulo undécimo se encara *la perspectiva espiritual*. En esta línea se resalta el valor de la afectividad para superar el emotivismo de la actual coyuntura narcisista (pp. 163-172). En el capítulo duodécimo se destaca la importancia de la *formación* como modo primordial para traducir la teología y espiritualidad del ministerio en la existencia concreta del sacerdote (pp. 173-183).

El autor cierra su reflexión con un *epílogo* (pp. 185-191), en el que vuelve a recordar la permanente condición paradójica del ministerio apostólico en todo tiempo, expresada por san Pablo al aseverar que los ministros de la Iglesia llevamos un «tesoro en vasijas de barro» (2 Cor 4,7). «El sentido de esta fragilidad no es moral, sino ontológico y creatural. Atestigua la desproporción entre la misión y su servidor, para manifestar así el origen divino del ministerio» (p. 185). En efecto, divisar el sacerdocio ministerial desde esta atalaya lo vuelve atrayente, estimulante y exigente. El presbítero necesita para ello tres actitudes fundamentales en su vida y apostolado: la humildad, la confianza en el Señor y la disponibilidad a la conversión continua y al crecimiento constante. En esa dirección, el profesor Hernández termina su ensayo de esta forma tan pertinente: «Ante la crisis de realización existencial del ministerio y los escándalos que no cesan, junto a la necesaria profundización teológica, la renovación espiritual, la cotidiana conversión personal, la urgente reforma pastoral en clave misionera y la revisión de la formación sacerdotal, los presbíteros

necesitan hoy ante todo una palabra de aliento que les muestre de nuevo la belleza y la dignidad inmanentes del ministerio apostólico en la Iglesia y para el mundo […]. Impresiona que, en todos los pasos litúrgicos hacia las sagradas órdenes, incluyendo la ordenación del obispo, tras efectuar las promesas, se diga al ordenando aquella frase inspirada en Flp 1,6: "Dios, que comenzó en ti la obra buena, Él mismo la lleve a término". Él, como concluye *Presbyterorum ordinis*, "es capaz de hacer incomparablemente mucho más de lo que pedimos o concebimos, con ese poder que actúa entre nosotros" (Ef 3,20; PO 22,3). He aquí el misterio y la paradoja de la existencia presbiteral» (pp. 188-191).

El libro se corona con un elenco de abreviaturas (p. 195), una amplia selección bibliográfica (pp. 197-219), un índice de autores (pp. 221-224), un índice de referencias bíblicas (pp. 225-226), un índice de obras patrísticas (pp. 227-228), un índice de documentos del magisterio (pp. 229-232) y uno general (pp. 233-237). Todas estas herramientas facilitan enormemente la consulta del volumen.

Quien toma esta monografía entre sus manos advierte rápidamente que el autor, munido de una gran experiencia pastoral y de un riguroso y erudito conocimiento de la materia, ha sido capaz de radiografiar la existencia del presbítero con esperanza y realismo, esto es sin sucumbir a abstracciones generalizadas o alambicadas construcciones teóricas. Lo ha conseguido por su pericia tanto en teología como en el abanico de los vertiginosos y cambiantes desafíos de la Iglesia, de la cultura y de la sociedad en los que el sacerdote enmarca sus jornadas, sus tareas y esfuerzos, sus penas y anhelos. Don Gaspar no ignora nada de ello y a su luz, con un estilo pulcro y sobrio, en estas páginas ha realizado con brillantez la tarea de traducir en la entrega de los sacerdotes la reflexión teológica y espiritual que se ha ido forjando sobre ellos en estos años de posconcilio, y que en gran medida ha sido asumida por el magisterio eclesial. Al respecto, Hernández concuerda con otro gran teólogo español, el profesor Ángel Cordovilla, al decir que «quizá en ningún otro momento de la historia de la Iglesia vivimos en la paradoja de tener una de las mejores reflexiones teológicas y espirituales sobre el ministerio apostólico sacerdotal en una situación personal e institucional de gran debilidad» (p. 10). En efecto, el reto estriba en hallar la forma de vida cristiana propia del sacerdote según su contexto histórico y su talante personal. Se trata, por tanto, de establecer una ósmosis incesante entre los elementos configurantes de la vida y la misión del presbítero y la realidad peculiar en la que se desenvuelve. Para ello «es necesario conocer los *condicionamientos actuales* que influyen consciente o inconscientemente en el ejercicio del ministerio y en la vida de los presbíteros, pero viendo en ellos una *ocasión* para profundizar en algunos aspectos de su identidad teológico-pastoral. Desde la lectura de los signos de los tiempos adoptada por el Vaticano II, los condicionamientos o limitaciones (en sentido negativo) pueden convertirse en *condiciones* (posibilidades creativas) y *kairoí* (ocasiones providenciales de gracia) susurradas por el Espíritu para una renovación. Cuando se adopta esta perspectiva se percibe la condición paradójica que caracteriza a la existencia de los presbíteros y que les abre el *misterio* más grande que llevan entre manos» (p. 11).

Nos parece muy sugerente que el autor, en sus consideraciones, destaque la importancia de la categoría de éxtasis, tan arraigada en las enseñanzas de san

Gregorio de Nisa, en la configuración de la identidad sacerdotal, entendida como un lanzarse hacia adelante junto a todo el pueblo de Dios, en búsqueda del rostro de Cristo. Esta perspectiva ofrece atinadas claves para una vida apostólica marcada por la conversión continua, la entrega y la alegría compartida.

Concluyendo, nos hallamos ante una ilustradora publicación, que sin duda alguna prestará un gran servicio a cuantos se están preparando para recibir el Sagrado Orden y para quienes ya ejercen el ministerio presbiteral. También se puede recomendar sin ambages a cuantos agentes de pastoral, miembros de la vida consagrada y laicos deseen conocer sin superficialidades las coordenadas vitales y apostólicas del sacerdote en la hora presente. Se agradece que estas páginas estén colmadas de unción y queden al margen de tópicos manidos. Logran así descubrir nuevas sendas que, con originalidad y acierto, bosquejan la vida sacerdotal de modo evocador, alejada de la mediocridad y el desencanto, orientada por la sed de santidad, troquelada por la identificación con Cristo, Maestro y Siervo, y focalizada en el ejercicio de la caridad pastoral.

Todos estos ingredientes han conseguido que el profesor Hernández Peludo, con este espléndido estudio, haya contribuido de manera significativa a la reflexión teológica sobre el ministerio presbiteral, ofreciendo una mirada seria y actualizada del mismo desde el corazón de la tradición eclesial.

En definitiva, al sacerdote que saborea sin prisas esta obra, Don Gaspar le hace el enorme regalo de comentarle, con equilibrio, perspicacia y propiedad, cuanto acecha su vida y la atenaza, pero también cuanto la estimula y dilata, poniendo en un primer plano que, para sortear las insidias y afrontar los desafíos que lo asaltan, es imprescindible que el presbítero edifique su existencia sobre la roca firme de Jesucristo, el Buen Pastor.

Tras acabar el volumen, este es el mensaje que queda arraigado en nuestras almas sacerdotales: que Cristo es la raíz de nuestro ministerio, la piedra angular que lo sustenta, la brújula que lo guía, la luz que lo esclarece. El desasosiego y las tribulaciones en ciertas ocasiones empañan nuestro horizonte vital y ministerial; es entonces cuando ha de venirnos a la mente y al corazón que, en el misterio de la pasión, muerte, resurrección y ascensión a los cielos de Jesús, viene el reino de Dios y se realiza la salvación del género humano. Es Jesús quien nos anima, a nosotros los sacerdotes, a salir de nosotros mismos para descubrir el gozo de cumplir la voluntad del Padre. Es Cristo quien nos consuela cuando estamos tristes e incrementa nuestra alegría cuando contemplamos sorprendidos algunos frutos de nuestros afanes evangelizadores. Es el Señor quien nos hace presente que la riqueza no está en las cosas materiales, sino en ser totalmente del Padre y para el Padre. Cristo es el Maestro de quien aprendemos a no predicar la propia doctrina, sino una que no es nuestra, sino la de Aquel que nos envía. Es el Hijo de Dios quien comunica a los presbíteros que, como Él no puede hacer nada por su cuenta, tampoco ellos pueden hacerlo si no se apoyan en la gracia del Padre y de ella viven, sacan su fuerza y alimentan su esperanza.

En pocas palabras, hemos de agradecer al autor las vigorosas reflexiones que ha elaborado para espolear a los ministros de la Iglesia hacia adelante, atrayéndolos hacia «un Dios cuyo rostro solo puede contemplar quien ve sus espaldas, como Moisés (*cf.* Ex 33,18-23). Si el rostro del

Padre es el Hijo encarnado, contemplarlo es "ponerse tras" de él (Mc 8,33), seguirlo. El verdadero seguimiento es al Resucitado, que siempre nos precede y al cual vemos las espaldas, porque, como Crucificado, ha cargado primero con todos, incluidos sus pastores, para que estos puedan apacentar las ovejas de Su rebaño» (p. 23-24).

Fernando Chica Arellano